

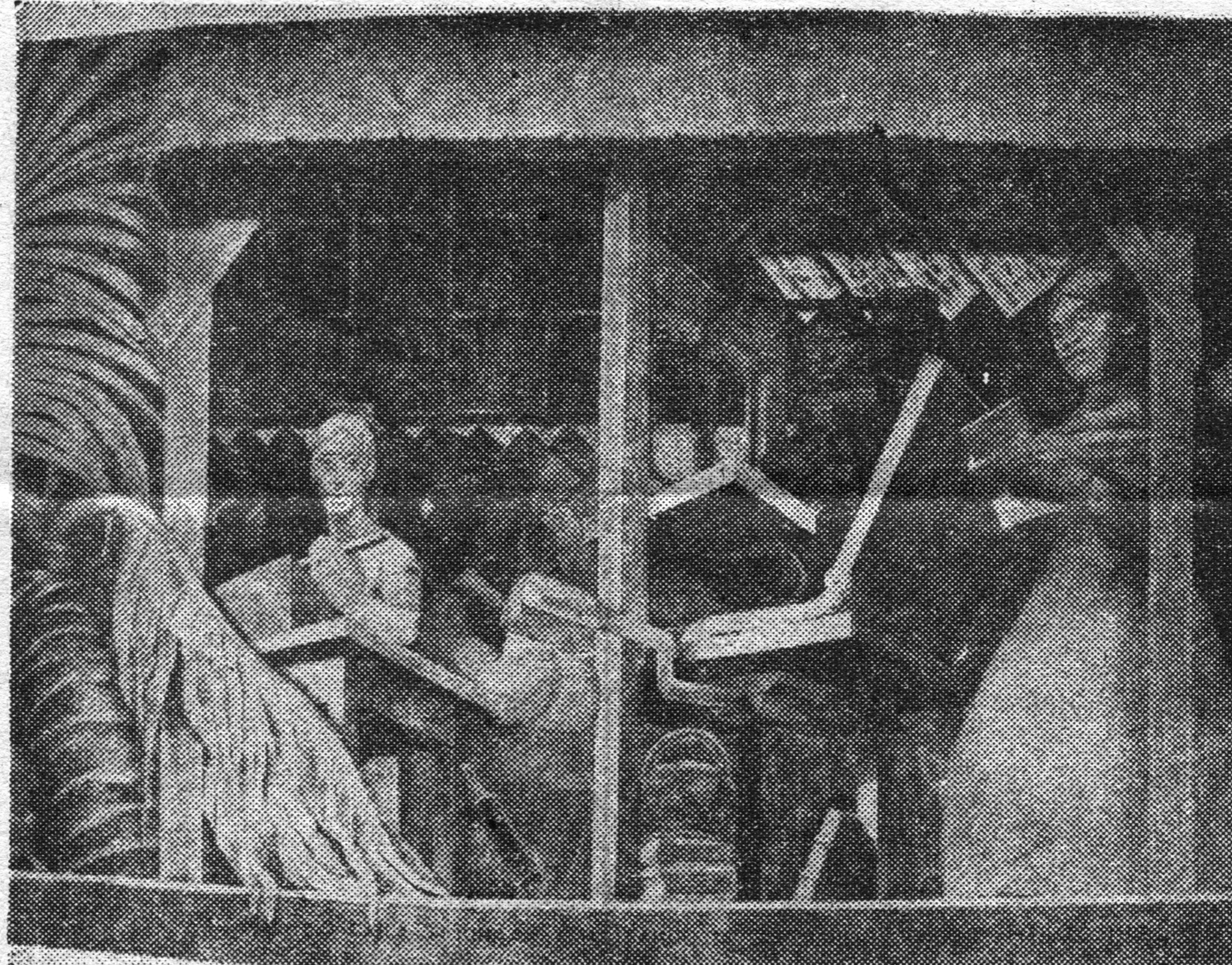
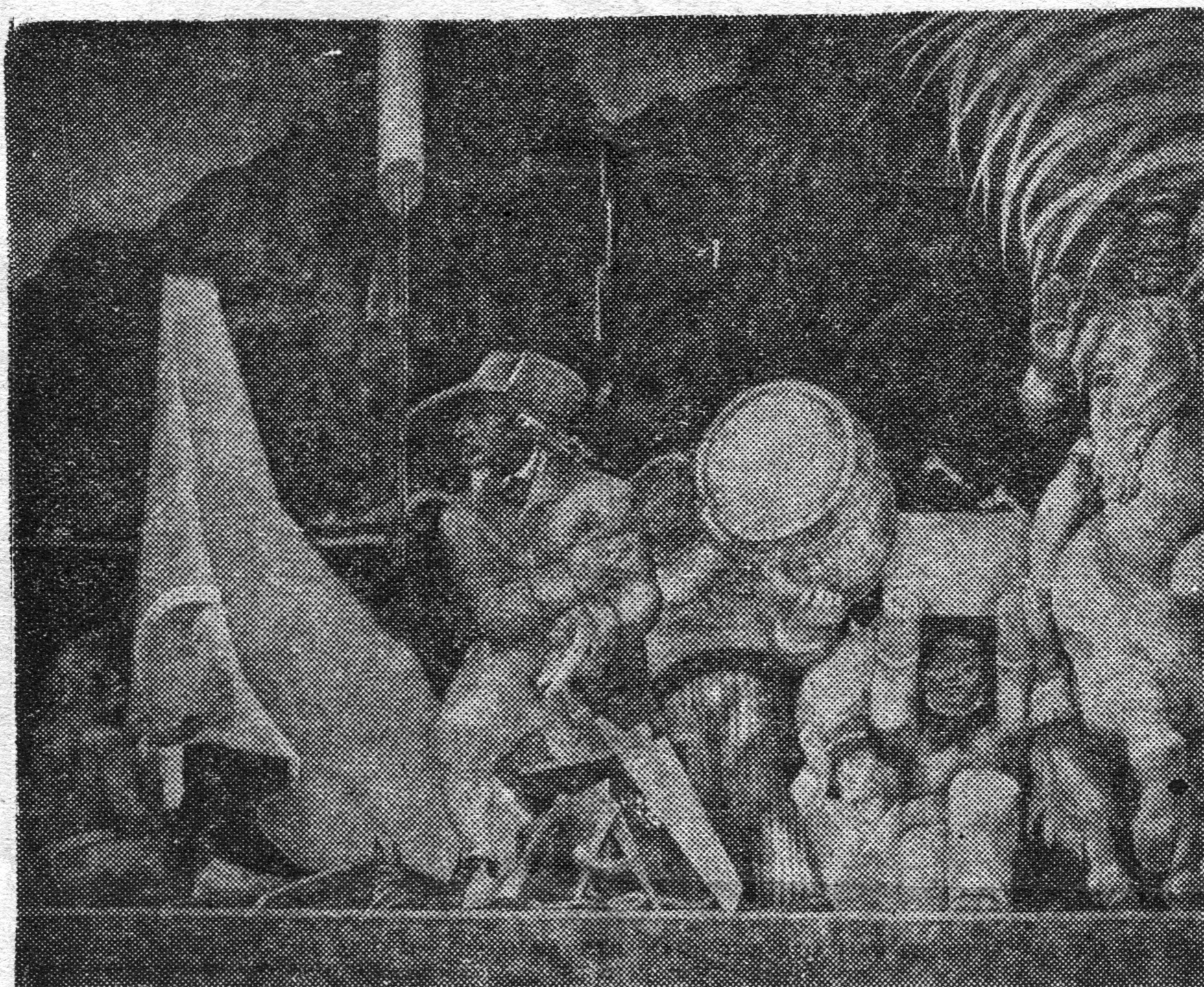
# Las Pinturas Murales de Jean Charlot

Por Manuel MAPLES ARCE

Ignoro por qué motivos y circunstancias el pintor francés Jean Charlot vino a México y se impregnó de su cultura, pero acaso su sensibilidad religiosa, fascinada por la belleza del mundo atlántico, no sea extraña a esta determinación. ¿Quién puede negar que el arte mexicano, a pesar de los rasgos de crueldad que en ocasiones exhibe, posee la más intensa y genuina religiosidad? La obra de Charlot participa de dicho sentimiento, y ni siquiera los años en que respiró el aire pragmático de Nueva York lograron perturbar su disposición de espíritu. Llegó el joven pintor a nuestro país poco antes de que comenzara el renacimiento mural al cual se vinculó con entusiasmo. Ya en colaboración con otros pintores, e independientemente, trabajó en la decoración de prominentes edificios. Las dos técnicas más comúnmente usadas por los muralistas, el fresco y la encáustica, presentaban en los momentos iniciales serias dificultades, pues habiéndose interrumpido la tradición durante varios siglos, faltaban los instrumentos de ejecución. Además, como los pintores se dirigían a un público distinto y los muros eran de grandes dimensiones, tuvieron que remover muchas ideas y concepciones de la tradición académica lo que se tradujo en cambios de visión e interpretación figurativa.

Las primeras experiencias de Jean Charlot en México consisten en la ejecución de un lienzo de escalera en el soberbio edificio colonial de la Escuela Nacional Preparatoria, para el que eligió un tema de batallas con caballos y guerreros que revela su preocupación por la sección de oro y la retundez plástica de Pablo Uccello, y en el panel que representa unas mujeres ocupadas en lavar y tender ropa, sobre un fondo esquemático de paisaje, en el patio de la Secretaría de Educación Pública. Produjo también, muchas pinturas al óleo, litografías y grabados con los que concurrió a varias exposiciones. Tanto la cultura antigua como el folklor mexicano, fueron para Charlot una revelación; viajó por campos y ciudades, vio la vida del pueblo, y más tarde colaboró en la reconstrucción de Chichén Itzá; pintó rostros y figuras indígenas, formas ólidas y consistentes, lejos de todo impresionismo de atmósfera en que prevalecen los colores de la arcilla y los tonos oscuros que recuerdan las flameadas cerámicas. Todo esto, por supuesto, se tradujo en hondas influencias que sitúan al pintor dentro de la escuela mexicana. Así, por un camino imprevisible, primero por obra de Jean Charlot, y después de Pablo O'Higgins que ejecutó también obras murales en un edificio de Honolulu, la pintura al fresco tiene en el archipiélago hawaiano importantes manifestaciones que la asocian al recuerdo de México.

Uno de los frescos de Charlot se halla en



Fragmentos de los murales de Jean Charlot.

el vestíbulo del edificio administrativo de la Universidad de Hawaii. La pintura está dispuesta en forma de tríptico. A la izquierda, el Hombre en su vestimenta de guerrero, casco y manto de plumas, jabalina en la mano y sus plantas, el caracol épico; a la derecha, la Mujer, cargando el hijo preferido que llamaban "le!" porque sus pies y manos se entrelazaban al cuello y a la frente de la madre, como guirnalda de flores; al pie, los utensilios para la fabricación del papel. La parte central representa el festival del "makahiki" o sea la fiesta anual que los aborígenes celebran tanto pa-

ra honrar a sus muertos, como para cumplir con sus obligaciones fiscales. Sobre el fondo marino se destacan jóvenes ejercitándose en un deporte bélico. Inmediatamente abajo de ellos unas muchachas en actitud de ejecutar una danza ritual, se arrodillan y levantan las manos al cielo para evocar a los espíritus atávicos. El baile está rimado por el coro y la percusión de los tambores unidos a otros instrumentos musicales, como los "ipu", "calabazos" y bastones sonoros que intervienen sucesivamente.

La escena se desarrolla a la sombra de

un árbol de color verde pálido, original de aquellas latitudes, denominado "árbol del pan". En el mismo friso central, hacia la izquierda, dos hombres se adelantan llevando en hombros un cerdo salvaje colgado de un palo y un pescador empuña un arpón en la mano izquierda, mientras sostiene con la otra un manojo de pescados rosados. Blande un trabajador su hacha de sílex para cavar un agujero en donde se deposita al animal envuelto en hojas aromáticas, como lo cocinan sirviéndose de piedras encendidas hoy todavía para las fiestas llamadas "luau"; otro trabajador prepara las hojas, uno en cuchillas, frota un pedazo de madera para producir el fuego y un cuarto, golpea con una piedra labrada el recipiente en que se prepara el "poi", o sea el pan de los antiguos hawaianos, mientras unos perritos, que se dice, eran alimento muy fino esperan su turno sacrificatorio. El árbol que aparece a la izquierda llamado "lauhala" tiene carácter casi sagrado dentro del esplendor primigenio de la naturaleza hawaiana.

El fresco más importante se desarrolla en un friso ligeramente ondulado, de 73 pies de largo por 11 de altura, en las oficinas del "Bishop Bank". Comienza el pintor por introducirnos al ambiente de las islas en cuyo paisaje se ven plantas aborígenes como el "hau" que juntamente con otras se empleaban para la manufactura de la "kapa", papel fuerte del que se hacían los antiguos vestidos. Una joven lleva una especie de jicara con engrudo y otra soporta una maza con la cual golpea la pasta hasta dejarla del espesor deseado. Las hojas blanco-azuladas se desprenden del fondo rojizo de la tierra. Representa la siguiente escena la introducción del tejido y de los medios mecánicos auxiliares del trabajo. Dos misioneras y una mujer isleña, ya trajeada, toman medidas a una persona de alto rango. En el interior de la cabaña real, el Rey Kamehameha, sus mujeres y su corte reciben la embajada del Emperador de Todas las Rusias, presidida por Von Kotzebue, quien se adelanta al soberano para presentarle sus credenciales. A la izquierda dos personajes famosos del séquito: sentado, el pintor Choris, retrata al Rey, (esta obra es el único documento iconográfico auténtico del monarca), y de pie, el famoso romántico alemán, Adalberto de Chamisso, se destaca junto a un helecho enorme al cual dio su nombre cuando lo descubrió en las islas. El Jefe Boki ataviado con capa de plumas rojas y tocado con un casco al estilo autóctono, habla con un mercader chino que sujeta una rama de sándalo, producto que China compraba en el archipiélago. En el centro, el Capitán Cook intercambia manufacturas inglesas por indígenas. Encuadran la misma escena en que señorean los "kahilis" de ricos plumaje, árboles frutales de los trópicos. Sobre el intenso azul del mar vemos un paisaje de naturaleza volcánica en que dominan los grises, verdes y finos violetas.

La importación de animales está vinculada al recuerdo de México, pues estos vinieron cuidados por charros de la Alta California a fines del siglo XVIII. La herencia que allá dejamos es la silla hawaiana y el sombrero ancho que todavía perduran en el campo.

Otro acontecimiento cultural de importancia está recordado en el cuadro siguiente. Kamehameha II maneja personalmente la primera prensa, secundado por varios misioneros que colaboran gustosos; en el fondo cuelgan las pruebas de los primeros alfabetos que constaban de 16 letras. Aparecen sirviéndose de él alumnos de distintas edades que reciben educación de una misionera a la que dos nativos se disponen a colocar una guirnalda de flores.

Contrastando con la introducción de las nuevas formas de vida, termina el fresco en un bosque sagrado cuya impenetrable vegetación esconde el templo pagano que guarda la piedra monolítica, imagen y símbolo de los dioses legendarios. El último "kahana", mitad sacerdote, mitad hechicero, observa en secreto los ritos casi olvidados.

En estos frescos de espléndida ejecución, el artista ha comprendido la virtud substancial del conjunto que abarca tanto a las fuerzas mágicas de la prehistoria, como al mundo del descubrimiento y sus consecuencias históricas. La interpretación de Charlot además, une a los méritos de autenticidad, una acertada transcripción de la naturaleza, el hombre y la cultura. Supo esquivar, por otra parte, los ángulos grotescos, que hubieran constituido grave peligro para un temperamento menos afinado y sereno que el suyo. Son estos frescos la culminación, de la obra del artista iniciada en México durante su juventud, en ellos se realiza plenamente y cristaliza el deseo anhelado que lo llevó por tierra y cielo en busca del esplendor antiguo.